

vegetales carbonizadas provenientes, no del horizonte más antiguo, sino del de los pisos pulimentados. Dichos análisis, junto con otros, han sido realizados por el profesor F. E. Zeuner en el Laboratorio de Geocronología de la Universidad de Londres, ahora también dotado de los elementos para ello. Las fechas obtenidas son las siguientes: 7800 + 160 años (o sea, hacia 5850 a. J. C.), y 8200 + 200 años (o sea, hacia 6250 a. J. C.), respectivamente. Así pues, si la parte superior del neolítico precerámico de Jericó corresponde a unos 6000 años antes de la Era, la parte inferior debe corresponder a mediados o al principio del *séptimo milenio a. J. C.* Veremos si las nuevas mediciones en curso confirman esta datación.

Las consecuencias de estos hechos para la historia y la filosofía de la cultura son revolucionarias, permitiendo entrever "anticipaciones" de lo que llamamos vida civilizada tres milenios antes de lo hasta ahora conocido, concentradas en algunos oasis estratégicos del Asia Occidental (ya que no es de suponer que el de Jericó sea un caso aislado). Ello, muy poco después de la definitiva retirada de los hielos en el norte de Europa, y cuando el resto del mundo aún se hallaba en el estadio de la caza y la recolección, y a lo sumo de la pequeña horticultura.

En todo caso, un hecho es seguro: la "aldea fortificada" del neolítico precerámico de Jericó es, no sólo el *centro urbano* más antiguo conocido del mundo, sino también el establecimiento neolítico (es decir, sedentario y agrícola) más antiguo.

J. S.

IMPORTANTE CENTENARIO PALEANTROPOLOGICO

Cuando en agosto de 1856 el profesor secundario Johann Carl Fuhlrott fue llamado a la pequeña cueva de Feldhof, en el valle del río Neander (cerca de Düsseldorf en Alemania), para examinar los restos de un esqueleto hallado por unos obreros, inicióse una nueva época en la historia de la Ciencia. La Prehistoria, cuyas bases estableciera poco antes Boucher

de Perthes, se vió enriquecida con una nueva disciplina, la Paleontología humana.

Fuhlrott (1803-1877), entusiasta de la incipiente investigación en todos los campos de la naturaleza, intuyó desde el primer momento que la calota, el par de huesos largos y los fragmentos menores que alcanzó a salvar correspondían a un hombre de alta antigüedad, “probablemente del período diluvial”, y por ello, a “un individuo proto-típico de nuestro género”, según lo expresa en su primer trabajo acerca de aquellos restos (1859). Claro que, su carácter fragmentado y las condiciones geológicas no muy bien determinadas del hallazgo, sirvieron para negar al “Hombre de Neandertal” tal carácter, ya sea a los escépticos de la existencia del hombre “diluviano” o “fósil” (recuérdese la frase atribuida a Cuvier), ya sea a quienes se oponían en principio a la teoría de la evolución de las especies, formulada en la misma época por Darwin. Surgieron así hipótesis que hoy nos hacen sonreír: tratábase de un antiguo celta, tal vez de un idiota (Pruner Bey, 1863), de un “salvaje” (A. R. Wallace, 1864), de un “viejo holandés” (R. Wagner, 1864), de un “cosaco mongólico”, integrante del ejército ruso de la época de las guerras napoleónicas (C. Mayer, 1864)... La crítica más seria a todo carácter genéticamente más cercano a los antropoides —como lo sostenían dos grandes adherentes al darwinismo, Thomas Huxley y Charles Lyell, este último después de su visita a la gruta de Feldhof en 1860— fue efectuada por el célebre anatomista Rudolf Virchow hacia 1872. Este lo consideró una formación patológica (en la juventud raquítica y en la vejez deformada por artritis), aunque admitió que podía tratarse de una “malformación típica”, es decir correspondiente a todo un grupo humano.

Prudente y realista, la opinión del anatomista D. Schaafhausen admitía la alta antigüedad de los restos hallados por Fuhlrott, *de acuerdo con su forma*; hizo notar, también, la semejanza de ciertos caracteres morfológicos del cráneo con el de los monos, así como, por otra parte, con el de ciertos cráneos contemporáneos del norte de Europa. (Todo ello en 1858, un año antes de la publicación de la obra fundamental de Darwin). Empero, no daba por demostrada la edad dilu-

vial del hallazgo, a pesar de que admitía en principio la contemporaneidad del hombre con los animales extinguidos del período que hoy llamamos Pleistoceno.

Aunque precedido por otros hallazgos emparentados pero que pasaron inadvertidos —una calota de niño excavada en 1830 por Schmerling en la cueva de Engis (Bélgica), el cráneo de Gibraltar (1848)—, la cuestión del Neandertal quedó por treinta años en una “impasse”, en la que se contraponían las actitudes a su respecto. Entre las que lo negaban — dictadas a menudo por un prejuicio científico o religioso— y las que, como el inglés A. King, lo consideraban como una especie completamente distinta a la humanidad actualmente conocida (de donde surgió la denominación de “Homo neanderthalensis”, cambiada más tarde por algunos en “primigenius”), se hallaba la de los que, sostenidos por la idea de la evolución, lo consideraban un jalón anterior, pero plenamente humano, de las razas históricas. La confirmación de esta tesis, así como del acierto de las opiniones de Fuhlrott y Schaafhausen, la darían los hallazgos de los investigadores belgas Lohest y de Puydt en la cueva de Spy (prov. de Namur, Bélgica) en 1886, casi una década después de la muerte del descubridor del Hombre de Neandertal. Evidencióse allí, no sólo la contemporaneidad de individuos del mismo tipo con fauna fría diluvial —se comenzaba ya a reconocer la existencia de grandes glaciaciones—, sino también su asociación con la industria que G. de Mortillet había bautizado *musteriense* (1). La humanidad neandertalense encontraba así su ubicación cronológica y cultural dentro del período final del Paleolítico inferior. Y, aunque ya cinco años después surgieron los primeros restos de una humanidad de tipo más arcaico aún, el *Pithecanthropus erectus* de Java, así como más tarde otros —en 1957 recordaremos el cincuentenario del único efectuado hasta la fecha en Europa, la célebre mandíbula de Mauer, cerca de Heidelberg—,

(1) En 1866 exhumóse en La Naulette, también en Bélgica, una mandíbula inferior, asociada a fauna del pleistoceno superior y artefactos luego reconocidos como musterienses; pero faltaban todavía las bases de comparación para verificar su carácter neandertaloide, predicho por el gran antropólogo Th. Hamy.

esa que modernamente se considera como *subespecie* del *Homo sapiens* representada fundamentalmente por el Neandertalense constituye hoy, con su cincuentena de individuos hallados en el amplio triángulo comprendido entre Europa occidental, sur de Africa y el centro de Asia (cueva de Teshik Tash), el grupo mejor conocido de la humanidad predecesora de la nuestra. ¿Hallaráse alguna vez en nuestra América una forma emparentada?

El centenario del descubrimiento del Hombre de Neandertal fue conmemorado en un congreso científico efectuado en Düsseldorf, dedicado sobre todo a cuestiones paleantropológicas. Mencionemos también, entre otros, la publicación del libro "Der Neandertaler und seine Umwelt" (El Neandertalense y su mundo circundante), con colaboraciones de varios autores, editado por K. Tackenberg, Bonn 1956.

J. S.

DISTINCION

La incansable labor del profesor Salvador Canals Frau, orientada en los últimos años hacia la síntesis arqueológica americana de máxima amplitud, se ha visto coronada por una merecida distinción. Trátase del primer premio a la Producción Nacional, rama de Crítica Literaria, Filología, Arqueología y Antropología (Premios de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia), correspondiente al quinquenio 1952-1956. La obra presentada al concurso fue "Las civilizaciones prehispanicas de América" (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1955).

Felicitemos sinceramente a nuestro primer director, no sólo por su esfuerzo intelectual y su acción en pro de la difusión de la cultura, sino también porque con ello la arqueología argentina ha recibido una importante voz de aliento.